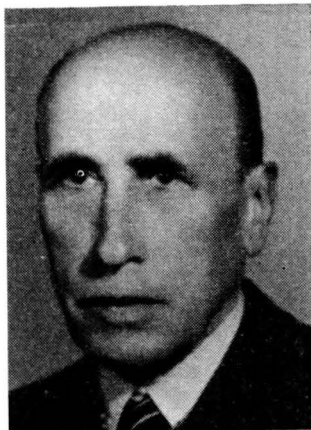


ANGEL SABATES MALLA *

«In Memoriam»



Dr. Sabatés

Dr. C. SOLER DOPFF
(Académico Numerario)

Durante el transcurso de la vida académica existen momentos sobresalientes en los que cada Miembro enjuicia o es enjuiciado.

Se inician al ingresar, poniéndose de relieve las cualidades que han conducido a ocupar su lugar en la Corporación; sigue el período de actuación normal en que cada uno de sus actos —quiérase o no— es cribado en el tamiz del criterio ajeno; hasta que éste se ejerce de modo

póstumo para dejar constancia de lo que fue y de lo que hizo la persona objeto de la nota final necrológica.

Este es el patrón —desde que se estableció esta norma, por demás loable, como prueba de recuerdo y de respeto— al que se someten las necrologías hoy pronunciadas y, con ellas, ésta dedicada al querido compañero desaparecido Angel Sabatés Malla.

(*) Leído en la Sesión extraordinaria, Necrológica, del 10 de noviembre de 1968.

Estas últimas notas van precedidas por la pronunciada a raíz de la muerte, en la que priva la emoción, el sentimiento inducido por la pérdida de un valor y está, sobre todo, determinada —aparte de la valía científica, de las misiones cumplidas, de la actuación técnica del desaparecido— por sus cualidades humanas, por su capacidad de afecto, por la simpatía, en fin, que se había creado durante el trabajo en común.

Llega luego el momento, el actual, en que concluye —solo en cierto modo— el ciclo académico y en el que, sin que se hayan borrado aquellos sentimientos, se impone una exposición, podríamos decir, documental en la que queda cristalizada toda una vida, con la simplicidad de una relación de los actos que le dieron más relieve, y a la que hay que añadir la adjetivación de un mérito; que constituye una exposición biográfica de la amplia y densa labor realizada durante la, en este caso, larga vida de Sabatés que halló su término en el lindero de los 90 años.

Esto quiere decir que la época en que nos ha correspondido convivir con él en el seno de la Academia ha sido aquella en la que la labor sobrepasada había acentuado la objetividad de sus conceptos y la serenidad de sus juicios, despojado ya de la crudeza con que, en las fases más activas de la vida, nos afectan los éxitos y las contrariedades.

Nacido en 1878, en su historia sobresalen las actividades y cargos

propios de aquellos de quienes se ha querido aprovechar, en beneficio de las colectividades a las que se ha pertenecido, su inteligencia y su voluntad de servicio.

Adquirido el título profesional en 1898 —a los 20 años de edad— ingresó en el Cuerpo de Veterinaria municipal de Barcelona en 1903, en el tiempo en que se afirmaba la necesidad de la defensa bromatológica de la población empleando técnicas apropiadas, a cuya aplicación dedicó esfuerzos continuos el Colegio profesional de Barcelona, fundado en 1904 con la aportación efectiva de su colaboración, ya que figuró como Miembro de la Junta que procedió a la fundación de tal Colegio y en cuya Directiva actuó como Vocal, pasando a ser su Secretario en 1914-18, en 1920-22 y, como Tesorero, en 1926-28. Estas sucesivas reelecciones vienen a representar —en su caso— una patente de eficacia.

Fue Secretario de la IV Asamblea Nacional de Veterinaria celebrada en Barcelona en 1917 en la que colaboró con Ramón Turró en la época más brillante de la vida de éste.

Pudo desarrollar su labor de defensa de la Salud desde la Inspección veterinaria de la Estación sanitaria del Puerto de Barcelona, donde actuó desde 1917 hasta 1930.

En 1933 pasó a ocupar la Dirección del Matadero Municipal, lugar de trascendente importancia, en el que está situada la labor más im-

portante, cuando menos en volumen, para la protección contra la transmisión por vía alimenticia de los procesos que es posible sean adquiridos por una población, numerosa y en constante crecimiento, como la de Barcelona durante la época de su Dirección desempeñada con éxito.

He aquí lo más destacado de su vida en el aspecto profesional activo.

Pero una vida profesional activa y útil es una de las maneras de ser receptor de distinciones singulares.

Es entre estas donde figura su designación como Académico de número de esta Real Academia de Medicina en 1942 ocupando, como la persona más destacada, el sillón que, por prescripción estatutaria le corresponde hacerlo a un profesional Veterinario.

Y, emparejada con esta distinción ocurrida en el campo de la Biología y la Patología humana, sus propios colegas, Veterinarios, le elevaban a la categoría de Miembro de Honor de su Colegio, en 1955, como consecuencia de haber pronunciado numerosas Conferencias y haber publicado gran número de artículos en el campo de su especialidad, amén de haber sido un duro batallador en defensa del patrimonio profesional y, en especial, de los Servicios de Sanidad veterinaria.

Entusiasta de la consolidación de la lengua catalana como medio de cultura y expansión espiritual, cul-

tivó la Poesía y participó en diversos Juegos florales.

Y, en toda ocasión, su prosa, algo preciosista, reflejaba su vasta cultura y traslucía su vis poética juvenil. Su discurso inaugural del Curso de 1964 en la Academia es una bella muestra de ello.

Honró su profesión tanto en el aspecto científico como en el social y literario y murió, como se ha dicho, muy cerca de los 90 años, el día 4 de octubre del pasado año, festividad de San Francisco de Asís, Patrón de la Veterinaria española.

Desde nuestro punto de vista académico nos cumple señalar que en su vida no hubo altibajos. Hombre preeminente a su ingreso en nuestra Corporación, no cesó en sus actividades y cuando su estado físico limitó, sin llegar nunca a suprimir, su aportación personal, estuvo hasta el mismo final asociado en espíritu a la labor académica que a todos obliga.

Pertenecíamos a una misma Sección de la Academia. Aquella que pretende —paradójica, utópicamente— luchar contra la propia Medicina curativa hurtándole su misma razón de ser: la enfermedad. Es decir la Sección de Medicina Preventiva; esta Medicina preventiva que ensancha cada día su ámbito de actuación en el campo mundial de Protección de la salud y que, en su aspecto clínico, el Municipio de Barcelona puede gloriarse de ser el primero de haberla incorporado a sus Organismos sanitarios.

En relación con ella Sabatés actuó en el campo de la Veterinaria, esta Ciencia hermana que, en su aspecto hasta cierto punto especulativo de la Patología comparada, como en el cada vez más universalizado de la Prevención, ha de actuar inextricablemente unida a la Medicina humana, intercambiando técnicas, homologando conceptos y haciendo contactos de codos para la lucha contra las infecciones; para crear las normas de la nutrición correcta; y, aún más, para la acción más importante de todas, en el primer plano de la actualidad mundial: la lucha contra el hambre.

Sabatés fue un entusiasta de estos conceptos y lo que se acaba de decir ahora es un trasunto de los temas que ocupaban buena parte de nuestras conversaciones. En éstas se mostraba, además, como un buen compañero; sus críticas, si las había, no eran acerbas; sus entusiasmos contrastaban con la edad.

Su adhesión a la Academia era palmaria, demostrada, entre otros hechos, por su asiduidad en la asistencia a las sesiones científicas y a los restantes actos corporativos, interrumpida, sólo, por un desgraciado accidente ocurrido, precisamente «in itinere» durante el trayecto desde la Academia hasta su casa. Su avanzada edad no fue obstáculo para que, pese a los años, aquellas fuerzas de reserva que nos ayudan tantas veces a vencer dificultades sobrevenidas en nuestra vida corriente, y

que él demostró poseer en alto grado, le permitieran —unidas a una acertada ayuda quirúrgica— recuperar su posibilidad de desplazamiento que utilizó aun, más de una vez, para estar aquí presente en algunos actos académicos importantes.

En los contactos tenidos en su domicilio, durante los meses de invalidez, motivados, generalmente, para obtener su colaboración en asuntos propios de la Sección, pedía y obtenía amplia información de los hechos propios de este período, tan fecundo, de revalorización de la actividad académica y de restauración y embellecimiento de determinados sectores de esta Casa; y sus palabras eran entonces de satisfacción y aliento para proseguir estas tareas.

Un brusco y violento deterioro vascular cerebral interrumpió el curso de sus pensamientos que se habían revelado, insistimos, hasta sus últimos días, con una claridad y vivacidad ideativa que contrastaba con lo cronológicamente avanzado de su edad.

Angel Sabatés ha cumplido lo que todos ansiamos para nosotros mismos: una vida útil, una muerte con escaso sufrimiento y la creación de un sentimiento en el que, al ser evocada su persona, del dolor de haberlo perdido nos consuele —según frase clásica— el placer de haberle podido tener por compañero y amigo.

Como persona, como profesional, y como académico supo hacer honor a la bella expresión, «vivir no es sólo

existir»; y lo hizo ornando su vida con el mérito del trabajo bien hecho.

Así pasa a incorporarse al recuerdo perenne que como Académico le corresponde.